

Esta semana se cumple el 30 aniversario de su muerte

TRES DÉCADAS SIN FRANCO

El 18 de julio de 1936, el general Francisco Franco se alzaba contra el legítimo Gobierno de la II República y llevaba a España a una lucha fratricida. Tres años después inauguraba una dictadura personalista y represiva que duró 39 largos y oscuros años; en sus primeros momentos contó con el respaldo de las potencias fascistas europeas, después vivió una larga época de aislamiento de la comunidad internacional contraria al Régimen; la Iglesia y el Ejército se convirtieron en los dos pilares del franquismo, los opositores fueron duramente represaliados y cualquier forma política ajena al Movimiento Nacional era perseguida y silenciada. El 20 de noviembre de 1975 se produjo un punto de inflexión del que ya no había retorno: el entonces presidente del Gobierno franquista, Carlos Arias Navarro, anunciaba la muerte del dictador. Y aunque muchos de sus fieles intentaron evitarlo, la democracia empezaba un lento y delicado proceso de gestación. Este fin de semana se cumple el 30 aniversario de aquella muerte y del renacimiento de todo un país.

Por V M

El levantamiento militar contra el Gobierno proyectado por Mola y otros generales reservó a Francisco Franco, entonces comandante militar en las Canarias, el papel más importante y más aciago de la reciente historia de España: debía ponerse al frente del Ejército sublevado en África el 17 de julio de 1936, que reprodujo el levantamiento en la península un día después. Tras aquello, la Junta de Defensa Nacional le nombró Jefe del Estado y generalísimo de los ejércitos el 1 de octubre de 1936, su posición quedó consolidada con la jefatura de Falange Española Tradicionalista y de las JONS y un decreto del 30 de enero de 1938 le proclamó Jefe del Ejército, del Gobierno y del Estado. Mientras esto ocurría, la legítima II República perecía a manos de los sublevados y los españoles protagonizaban una contienda que du-

ró tres años a pesar del desequilibrio de fuerzas; el bando republicano contaba con el exiguo respaldo de las brigadas internacionales, mientras que el nacional se benefició de los fascismos alemán e italiano, que ensayaron en nuestro país el poder bélico que años más tarde desarrollarían en la II Guerra Mundial.

La Guerra Civil finaliza el 1 de abril de 1939, pero la represión continuaría bajo una forma de Estado dictatorial, institucionalizada con la organización de las Cortes franquistas en 1942 pero sin ningún peso representativo; el Régimen, que duraría 39 años, se diferenció de los fascismos europeos no sólo en su mayor longevidad, sino en su carácter personalista. El denominado "nuevo Estado" se sustentaba en organismos e instituciones hechos a imagen y semejanza del dictador y de su ideología: patriotismo visceral fruto de los acontecimientos de 1898 donde la máxima era la de "España Una,

Grande y Libre", desprecio hacia la política y los que Franco llamaba "politicastos", catolicismo tradicional y obsesión antimasónica y antirrevolucionaria. La concepción era sin duda simplista y provenía de la experiencia militar y las creencias religiosas de Franco. Por ello, el Ejército y la Iglesia se convirtieron en los dos pilares fundamentales sobre los que se sustentaba todo el aparato: las Fuerzas Armadas se identificaron con el Régimen y fueron la cantera política del dictador hasta el final de sus días —ejemplo fue el de Carrero Blanco, que permaneció en el gobierno 23 años— y la jerarquía católica se alineó en las primeras décadas tanto con el bando nacional en la guerra —a los doce meses de iniciarse la contienda el Episcopado español emitió una carta colectiva donde la calificaba de "cruzada"— como con la formación del nacional-catolicismo, llegando a ostentar la hegemonía ideológica por encima de la Falange y contro-



La muerte de Franco el 22 de noviembre de 1975 provocó un punto de



inflexión en el escenario político, que inició un lento y delicado camino a la democracia

“Después de Franco, las instituciones”, era la intención de quienes pretendían perpetuar el Régimen

lando la educación y las normas de comportamiento social.

Tras la caída del Eje fascista de Italia y Alemania, España quedó aislada en el escenario internacional. Los vencedores de la II Guerra Mundial marginaron al franquismo, aunque no hicieron nada por derribarlo, como esperaban los republicanos. Naciones Unidas dictó una resolución contra el Régimen en 1946 y los embajadores extranjeros abandonaron Madrid. La situación sólo se relajó durante la “Guerra fría”; Europa prefirió ver en España no tanto una dictadura como un Gobierno anticomunista aliado con-

tra el Este. Y Estados Unidos firmó una serie de acuerdos de ayuda económica y para la defensa mutua y el convenio defensivo. Sin embargo, esta aparente concordia se rompió cuando el Régimen ya agonizaba: en septiembre de 1975, Franco firmaba sus últimas cinco penas de muerte desoyendo las peticiones de clemencia de personalidades como el papa Pablo VI, el secretario general de la ONU o el entonces Príncipe Juan Carlos, provocando protestas internacionales y manifestaciones en media Europa.

La oposición. El férreo control del franquismo no impidió sin embargo que en España, desde el principio hasta el final de su existencia, hubiera una permanente línea de oposición, que si bien tuvo distintos protagonistas de diversa procedencia y diferentes grados de intensidad, fue constante e igualmente perseguida, aunque también aquí se advirtieron diferentes procedimientos represores.

La oposición interna se dividió en dos etapas. Por un lado estaban los que hicieron la guerra con el caudillo pero que no querían que España tuviera un Régimen personalizado, sino que se regresara a la monarquía. De esta opinión eran Satrústegui o el duque de Alba y algunos de sus generales, como Varela o Kindelan.

A esta oposición, que el general no combatía con violencia, hay que añadir la de los ciudadanos y militares que lucharon a favor de la República. Contra éstos si que hubo una represión atroz, hasta llegar a su práctica aniquilación. A lo largo de todos los años del Régimen hay numerosos casos de ejecuciones de dirigentes políticos y sindicales. Una de las más destacadas, por las reacciones internacionales que produjo, fue la del dirigente comunista Julián Grimau ejecutado el 20 de abril de 1963 en la cárcel de Carabanchel después de un consejo de guerra. Las peticiones de clemencia de todo el mundo no sirvieron para nada.

En las Fuerzas Armadas, aunque nunca hubo unanimidad a pesar de la apariencia, aparecen movimientos de militares jóvenes que piden un cambio. La Iglesia también modifica su postura. Desde el Concilio Vaticano II comienzan a aparecer curas jóvenes con ideas izquierdistas, incluso la jerarquía se aleja del Régimen y reconoce como error su apoyo incondicional en los inicios. Aunque hasta la inminente muerte de Franco no afloraron los primeros documentos críticos de los obispos contra la inflexibilidad del Régimen, que termina en 1975 con un texto del Episcopado en el que se pronuncia por la reconciliación.

La Universidad fue otro de los termómetros que midieron las tensiones durante el Régimen. Aunque Franco nunca tuvo mucha estima hacia los intelectuales y la mayoría de ellos murieron durante la guerra o se exiliaron, los que quedaron en España intentaron hacer resurgir la Universidad. En los primeros años era un lugar tranquilo, donde no se manifestaba apenas tensiones. Hasta los años 50. A partir de entonces aparecen movimientos estudiantiles amparados por el profesorado progresista. Sus protagonistas son los “hijos del Régimen”, de los que Franco, como en el caso de la Iglesia, tampoco esperaba una oposición. En 1956 el SEU, Sindicato Español Universitario de afiliación

única y obligatoria, se separa moral y orgánicamente de la Falange y a partir de 1961 las luchas universitarias son casi permanentes. En febrero de 1965 se produjo una marcha pacífica hacia el rectorado de la Universidad de Madrid encabezada por cinco catedráticos que provocaron la destrucción del SEU. A pesar de la fuerte represión, en 1966 se abre en todas las universidades españolas un frente permanente contra el Régimen y en enero de 1968 el gobierno decretó el asentamiento de la policía dentro de las facultades y el nombramiento de un juez especial para delitos de los estudiantes. Estas medidas irritaron a la comunidad estudiantil, que extendió e intensificó sus protestas. Éstas, a su vez, fueron duramente con-

testadas por el aparato franquista. La muerte del estudiante de Derecho Enrique Ruano, aunque desde medios oficiales se calificó de suicidio, levantó protestas aún más fuertes, que desembocaron en el estado de excepción decretado el 24 de enero de 1969, cuatro días después del suceso.

Los 'tecnócratas' y las operaciones de maquiage. La oposición a la dictadura no provocó más contratiempos en los designios de Franco que el esfuerzo represor. Las mínimas reformas introducidas, en todo caso, procedían de la propia evolución del Régimen. Los primeros cambios significativos tuvieron lugar con la aparición de los llamados tecnócratas, que desplazaron a los vie-

jos falangistas de camisa azul que habían dominado el Consejo de Ministros desde el final de la guerra. Con la llegada de estos nuevos hombres, la mayoría de ellos vinculados al Opus Dei, la política y sobre todo la economía vive un sensible relanzamiento. Durante la aparición de los tecnócratas en los años 60 se había pasado de una economía de guerra basada en la autarquía a una ligera integración en el mercado europeo y mundial basada en el capitalismo de mercado; en la década anterior ya había comenzado un proceso de industrialización y posterior estabilización donde también jugaron un papel fundamental las remesas de los emigrantes españoles en Europa y el turismo extranjero, dos soportes importantes

La Transición española se desarrolló sin víctimas, ni de sangre ni de ideología. Por eso es que a día de hoy, franquistas reconvertidos al margen, todavía pululan por el país un puñado de ideólogos de la derecha ultramontana amparados precisamente por la democracia. El caso más llamativo es el de Blas Piñar, el líder ultraderechista que después de un tiempo desaparecido de la escena política, regresó en las municipales de 2003 como cabeza visible y carismática —aunque no concurría como candidato— de Frente Español, partido donde se integran FE/Falange Española y Alianza Nacional, formada por simpatizantes de Fuerza Nueva con la que Piñar llegó a ser diputado en 1978. Afortunadamente, la campaña que desplegó por buena parte del territorio nacional no tuvo efectos indeseables ni en las urnas ni en las alcaldías; ni siquiera su abrazo en un acto electoral con el entonces presidente del PP manchego y alcalde de Toledo, José Manuel Molina, convenció al electorado de derechas de la localidad.

Los nostálgicos también tienen un foro desde donde rendir tributo a la figura del caudillo y aplicar su ideario, a pesar de que ya han pasado tres décadas de su muerte y



Blas Piñar volvió a liderar a los ultraderechistas en las municipales de 2003.

EFE

Las cenizas del Régimen

de que vivimos en una España democrática. Se trata de la Fundación Francisco Franco, presidida por su nieta, Carmen Franco Polo, que por cierto ya ha organizado una misa el próximo 19 de noviembre en memoria de Franco y de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la falange fallecido el mismo día que el dictador —aunque con décadas de diferencia— en el Valle de los Caídos, que alberga las tumbas de los dos fascistas. La libertad de expre-

sión y de asociación les permite decir lo que les venga en gana, pero otra cosa es muy distinta es que el Gobierno les de pábulo con el dinero de todos los españoles. Ocurrió con José María Aznar y se descubrió en el otoño de 2002: el Ministerio de Cultura dirigido entonces por Pilar del Castillo había subvencionado a la fundación con 41.000 euros para la informatización de los fondos de su archivo.

Y aunque podría pensarse que los

franquistas que hacen gala de su condición —otra cosa son los que lo declaran sólo en privado— son un puñado de jubilados con poca trascendencia social, lo cierto es que alguno que otro sí tiene cierta proyección. Es el caso de Alejandro Echevarría, cuñado del presidente del Barça, Joan Laporta, y hasta hace poco directivo del club azulgrana. Echevarría era responsable de la seguridad del F. C. Barcelona hasta que otro ex directivo, Luis de Val, exigió su dimisión tras demostrar su pertenencia a la Fundación Francisco Franco. El cuñado de Laporta abandonó el cargo, pero tanto él como el presidente blaugrana negaron que su vinculación con la fundación fuera el motivo. Sin embargo, parece evidente que una persona con semejante ideología no podía encajar en el espíritu de un club de fútbol tan estrechamente vinculado al nacionalismo catalán. Lo mismo ocurre con su padre Juan Echevarría Puig; miembro de Plataforma 2003, una entidad que reivindica la figura de José Antonio Primo de Rivera, pronunció recientemente una conferencia sobre el "separatismo" catalán. El suegro de Laporta, por cierto, avaló a su yerno en las elecciones a la presidencia del Barça en 2003.

para el desarrollo. Estas condiciones favorecen una explosión del consumo después de décadas de forzada austeridad y en 1970 la renta per cápita real era un 88% más alta que la de diez años antes, lo que se denominó el "milagro económico". Pero no había que llamarse a engaño; los tecnócratas eran liberales en economía, pero se adaptaban ideológicamente al Régimen.

Aprovechando esta bonanza económica, el Régimen celebra en 1964 los XXV años de Paz, con una campaña ideada por el entonces ministro de Información, Manuel Fraga. En ella se resaltaba su eficacia traducida en desarrollo económico, obviando su origen y legitimidad basada en una guerra. En realidad no fueron 25 años de paz sino de victoria, ya que en ningún momento se planteó una reconciliación de las dos Españas, sino que no se perdía ocasión para resaltar el triunfo de una sobre la otra.

Aquel año y después de casi tres décadas se mitigaba la censura impuesta durante la Guerra Civil con la Ley de Prensa en la que se proclamaba la libertad de expresión. Sin embargo, la denominada Ley Fraga —entonces ministro de Información y Turismo— no resultó la panacea esperada; junto a la proclamación de esta libertad, el artículo 2 establecía sus límites, vigilados a partir de entonces con gran severidad.

Otro de las operaciones de maquillaje del Régimen se introduce en diciembre de 1966 con el referéndum sobre la Ley Orgánica del Estado, bautizada como la "nueva constitución". Aquella norma pretendía consolidar las instituciones de la dictadura y equipararlas lo más posible a Europa. Un año después, Muñoz Grandes, falangista antimonárquico, es sustituido en la vicepresidencia del gobierno por Carrero Blanco, decidido partidario de dar una continuidad monárquica al Régimen franquista. Este acontecimiento permitió que, pocos años después, el Príncipe de España fuera nombrado Rey. Aunque esta circunstancia no fue definitiva hasta que en 1969 Franco le designó sucesor suyo. Desde que la salud del dictador comenzó a resentirse y se vio la inminencia de su muerte, los franquistas se propusieron organizar las cosas de tal forma que el Régimen pudiera sobrevivir sin su fundador. Para ello tenían que anular la figura del Rey y para ello inventaron la fórmula de "después



El sucesor de Franco, el rey Juan Carlos, abrazó la causa de la democracia

EFE

de Franco, las Instituciones", con la intención de dejar al monarca como figura decorativa. Hubo diferentes maniobras para conseguir ese objetivo; desde realzar la figura del entonces presidente de las Cortes, Rodríguez de Valcárcel, como máximo exponente de las mencionadas instituciones, hasta imponer un regente en lugar de un rey e incluso designar a Don Alfonso de Borbón, primo de Don Juan Carlos, próximo al movimiento y marido de Carmen Martínez Bordiú, nieta del caudillo.

Todas estas opciones fracasaron y la sucesión se desarrolló tal como se tenía previsto, aunque no sin problemas para el nuevo rey Juan Carlos que gozaba de más detrac-

tores que partidarios. Los franquistas no confiaban en él por la posible influencia que pudiera tener su padre; y para los opositores al Régimen no dejaba de ser el sucesor nombrado por Franco.

El fin del franquismo. La descomposición política del Régimen coincide con el empeoramiento progresivo de la salud del caudillo. Los que intentaban salvar al Régimen se inventaron en 1974 el denominado "Espíritu del 12 de febrero", fecha en la que el presidente Arias Navarro anunciaba una serie de nuevas medidas como la elección de alcaldes y presidentes de diputaciones, autonomía de los sindicatos verticales, más repre-

sentatividad en las Cortes y un estatuto de asociaciones políticas. Sin embargo, la oposición democrática no quiso pactar con una operación de maquillaje del Régimen para alargar su vida. Las protestas cada día se hacían más numerosas y sonoras y el Régimen no respondía con diálogo sino con represión. Como último coletazo, la mencionada ejecución de cinco personas condenadas a muerte en 1975, dos militantes de ETA y tres del FRAP. Este hecho le costó al Régimen el aislamiento de Europa y la oposición abierta en España por parte de todos los sectores. El triunfo de la revolución portuguesa el 25 de abril de 1974 contribuyó a endurecer la postura de los inmovilistas encabezados por

Arias Navarro. Una muestra del triunfo del 'bunker' fue el cese en junio de 1974 del jefe del Alto Estado Mayor, teniente general Díez Alegría, el militar más liberal y respetado de aquella época. Asimismo, en los seis primeros meses de ese año los abogados demócratas contabilizaron 1.400 sumarios incoados por el Tribunal de Orden Público, y después de que Iglesia criticara al Régimen, éste respondió pidiendo en marzo de 1974 la salida de España del obispo de Bilbao, Monseñor Añoveros, acusado de atentar contra la unidad de la Patria.

Por otra parte, las menciones al fin del franquismo salen por primera vez del propio sistema. El entonces presidente del INI, Fer-

nández Ordóñez, se pronunció por el proceso democrático en una conferencia en el Club Siglo XXI. Mientras, los políticos de izquierda comienzan a organizarse dentro de España. En noviembre de 1974 nació la Plataforma Democrática, auspiciada por el PSOE y personalidades independientes. Esta acabaría uniéndose a la Junta Democrática, auspiciada entre otros por el abogado Antonio García Trevijano para unir a partidos, sindicatos y personas que querían terminar de forma pacífica con la dictadura, formando la Plata-Junta.

Era el despegue de los opositores al Régimen, que desde entonces y tras la muerte de Franco sería imparables hasta acabar des-

Dada la oleada de banalidad impresa neofranquista que nos invade pudiera parecer que esté empujando a cumplirse la perspicaz premonición de Vázquez Montalbán cuando decía que le rebelaba que pasados unos años las enciclopedias pudieran decir en la entrada correspondiente a Franco: "General español (1892-1975) bajo cuya jefatura España vivió una prolongadísima etapa de paz social y alcanzó las más altas cotas de desarrollo económico de su historia", y que eso y sólo eso fuera lo que perdurara de semejante personaje en la memoria de las nuevas generaciones. Resultaba difícil de imaginar en los encantados tiempos de la transición a la democracia que no muchos años después, incluidos los del desencanto y la pretendida segunda transición, hubiera que empezar a forjar una contundente contramemoria franquista. Franco yace bajo una pesada losa en el faraónico mausoleo del Valle de los Caídos que hizo erigirse sobre la sangre de sus víctimas pero, por lo que se ve, nunca le faltan imitadores o epígonos a los que les encantaría poder salvar a la patria otra vez. Pobre Patria la que no sea capaz de erradicar definitivamente de su historia a cualquier nuevo candidato a salvapatrias. ¿Qué fue realmente o qué

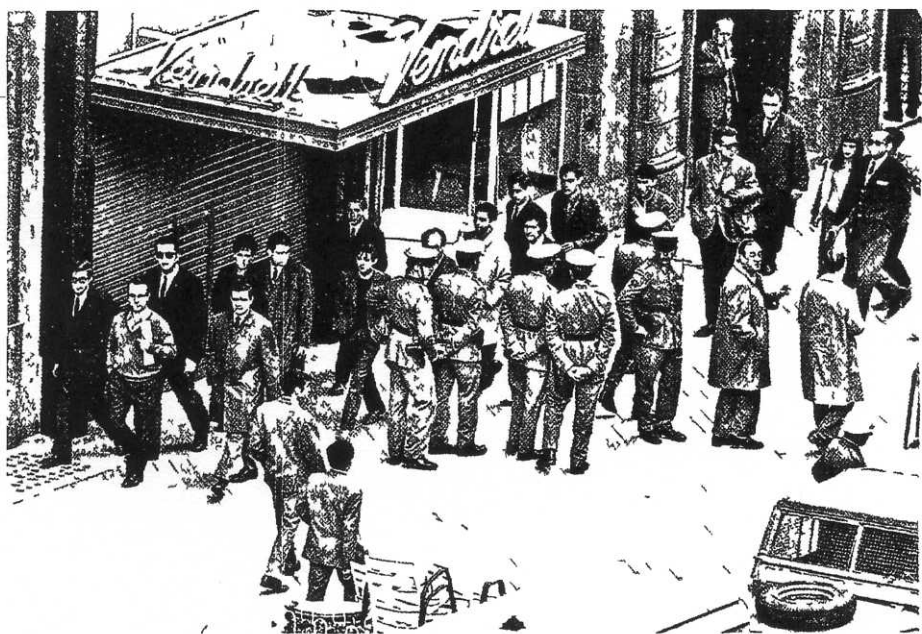
pueda ser todavía el Franquismo a casi treinta años de su autoconsecución? Aún encontramos entre nosotros quien firmaría gustoso la entrada de semejante enciclopedia. Otros muchos dirán que fue una dictadura brutal surgida de una cruel guerra civil que sumió al país en el atraso y la ignominia. Hay que decir que los españoles no debían de estar precisamente encantados con semejante régimen salvador y hacedor de milagros económicos pues se lo llevó el viento cual liviana arena sin que nadie moviera un dedo por mantener vivo tan vacío invento. Franco, bajo su indiscutido caudillaje retrotrajo España a niveles de renta del s.XIX, hizo padecer hambre a millones de españoles, y llevó al país al borde de la quiebra tras veinte años de victoria incesante, y bajo su mando y autoridad "paseó" o ejecutó irregularmente a unos 140.000 españoles entre 1936 y 1975 en nombre de Dios y de la Patria. Fue un largo, feliz y prolongado reinado para él y los suyos construido sobre un montón de cadáveres y una implacable represión, y asistido bien mediados los sesenta de una complaciente o silente cla-

se media buena parte de la cual lo aceptó como un mal menor. ¿Cómo fue posible tal? Las masas conservadoras fascistizadas del país asustadas ante la crisis económica, la quiebra de las democracias y el auge del comunismo soviético, vieron en él a un potencial líder militar capaz de poner en vereda a la izquierda española, y ésta, igualmente asustada por la crisis eco-

nómica, la debilidad de las democracias y los fascismos emergentes y triunfantes, se resistió a ser salvada ante la "solución final" que se le preparaba. Al "gran caudillo" tuvieron que allanarle el camino sus propios camaradas y nada pudo hacer prever entonces que sería capaz de gobernar el país durante casi 40 años. Se murió en la cama de viejo consumido por el sufrimiento de sus innumerables enfermedades sin que la izquierda democrática, la pura y simple oposición a su régimen, fuera capaz de ponerse de acuerdo pa-



Las encuestas demuestran que los españoles han enterrado a Franco.



La policía franquista brazo ejecutor de la represión del Régimen

manteniendo un Régimen que había perdurado 39 años. Se logró de forma pacífica, gracias a una nueva generación que no había vivido la guerra y deseaba la modernización y democratización del país sin derramamiento de sangre y gracias a los partidos de izquierda, que dejaron a un lado los deseos de revanchismo por el bien de todo el país reconociendo como opositores, ahora ya democráticos, a los herederos del franquismo integrados en las formaciones de derechas.

La lectura negativa de todo aquello es que en España, 30 años después de la muerte del caudillo, aún perviven fervientes y afortunadamente minoritarios defensores de aque-

ra echarlo, de unirse todos frente a él, hasta tres meses después de su muerte... Todo un éxito que debería provocar una amplia reflexión política al respecto por todos los que dicen ser demócratas desde la noche de los tiempos. La rebelión militar que habría de entronizarlo en el poder a perpetuidad se inició en 1936 con la declaración ilegal e ilegítima del estado de guerra que provocará una sublevación generalizada en media España y una firme resistencia en la otra media y que, ante la impotencia de ambas por imponerse a la otra, la situación derivó hacia la guerra civil. Dicha guerra santificada hasta el absurdo concluyó con la victoria de los rebeldes al orden constitucional republicano entonces vigente y estableció un régimen de implacable dictadura bajo el mando indiscutible del ya entonces generalísimo Franco que celebró por todo lo alto sus primeros XXV Años de Paz en 1964. Una paz hasta entonces de hambre, represión y miseria. El Franquismo fue un régimen político de indudable versatilidad ideológica y pragmatismo acomodaticio pero nada impide definirlo como una modalidad hispánica de los movimientos fascistas de la Europa de entreguerras (1919-1939), al menos para el período (1936-1945). Sólo a partir de esa fecha, especialmente

a partir de los años 60 pueden ser admisibles otras categorizaciones. El Franquismo empezó siendo un fascismo militar, pasó a ser un régimen nacional-católico reaccionario, y fue siempre una cruel dictadura. Su jefe supremo fue un mediocre César envanecido con pretensiones de emperador romano. Llama la atención que aún se pretenda lavarle la cara ante la historia a semejante personaje y al régimen exclusivamente personal, corrompido y corruptor, que se hizo erigir para mejor perpetuarse él en el poder. Durante toda la transición se transitó como de puntillas sobre los rescoldos franquistas que muchos pensaron precipitadamente que se habían extinguido definitivamente. Pero, como demostró el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, el Franquismo aún coleaba y sus sectores más duros intentaron hacer saltar por los aires el proceso de consolidación democrática pues no tenían el menor interés en que fraguasen convenientemente las instituciones representativas recién implantadas. El tricornio del Teniente Coronel Tejero irrumpiendo en el Congreso de los Diputados en el momento en que el presidente Calvo Sotelo declaraba que la transición había concluido impuso una reconducción general del proceso de transición. Hasta el 20

de noviembre de 2002 el Congreso de los Diputados no hizo una declaración conjunta prometiendo ayudar a los exiliados, reabrir las fosas comunes y condenando el golpe militar de julio de 1936 que abrió el camino de la guerra civil, de la represión y de la dictadura franquista. Sin embargo, tal resolución, esté por ver que signifique un auténtico punto de partida de una imprescindible política de la memoria, que debe empezar por hacer justicia y encauzar la ineludible reparación moral de las víctimas que, de momento, parece congelada ante la beligerancia de nuestra derecha más montañesa enfrentada a una izquierda insegura o acomplejada. La dictadura se consumió con Franco pero nos legó abundantes dosis de corporativismo, clientelismo, corrupción, anomia política, tendencias oligárquicas de las organizaciones, escaso nivel de asociacionismo, falta de espíritu autocrítico, nula cultura cívica, abuso particular de lo común, manipulación mediática, consideración del cargo público como propio, etc. Es la consecuencia de una sociedad pasiva acostumbrada a relacionarse con el poder desde el miedo y la desconfianza mutuos. El régimen franquista redujo a los españoles a la condición de súbditos y no tuvo el menor interés en formar ciudadanos ac-

tivos. Aún más grave es que tampoco la democracia manifestara el menor interés en remediarlo. Finalmente, el gran caudillo, el santo cruzado, el César superlativo, el salvador de la Patria, el de la "pequeña varita negra y plateada", el del "bastón de mando", "vara mágica", "porra" y "falo incomparable..." (Giménez Caballero), con que decidía los destinos de España, no para de extinguirse en la memoria de los españoles y su figura no deja de ser puntualmente degradada por la propia historiografía y una opinión ciudadana que, de día en día, lo considera menos inteligente, más autoritario, más reaccionario, más injusto, menos patriota, más cruel, menos comprensivo, menos religioso, más fascista y menos honrado que ayer, como certifican las encuestas del CIS de los últimos años. Se pongan como se pongan todos los neos con nostálgicos del autoritarismo del gran mediocre, Franco y el franquismo están completamente enterrados, pero conviene mantener siempre la guardia pues, como dijo Bertolt Brecht, la loba que parió al fascismo está siempre preñada.

Alberto Reig Tapia

Catedrático de Ciencia Política de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona y autor de *Franco. El César superlativo* (Tecnos, Madrid, 2005).

Orgullo de casta



La nietísima sigue estando en el candelero.

EFE

La firme voluntad de emprender un proceso de transición de forma pacífica permitió a la familia del dictador permanecer en España con buena parte de las prebendas que atesoraban. No se trata tan sólo de los títulos nobiliarios, que al fin y al cabo al ciudadano raso es algo que ni le va ni le viene, sino de su estatus social, una llave con la que se han ido abriendo puertas en el mundo de los negocios, en las relaciones con las más altas personalidades y en la prensa del corazón, donde disponen de un lugar de honor en la sección de respetables.

No hay más que echar un vistazo a las revistas de papel couché de las últimas décadas para observar la evolución de la nietísima Carmen Martínez Bordiú, de su vida despreocupada y de sus caprichos lujosos costeados por sus parejas y por los succulentos ingresos que percibe por posar ante las cámaras. También de sus hermanos; quien más y quien menos es reclamo informativo en este tipo de publicaciones y disfruta de una desahogada economía gracias a sus negocios, orientados principalmente al lucrativo mundo inmobiliario.

Pero lejos de abrazar la causa democrática, los Franco están orgullosos de sus orígenes y de la causa de la dictadura. La duquesa de Franco, además de presidir la fundación en honor de su padre, posó con su hija Carmen Martínez Bordiú y con su nieto, Luis Alfonso de Borbón, para un reportaje de la revista *Magazine* de *El Mundo* publicado en noviembre de 2004, coincidiendo con el 29 aniversario de la muerte del caudillo. Las fotografías tomadas en la casa familiar, en el Valle de los Caídos, en el Pardo y en El Escorial —esto último por la parentela del chico con los Borbones— eran una provocación. Y también los testimonios. La nietísima declaraba que “la vida no ha sido fácil para mi madre. Ha tenido que oír muchas cosas, y a una hija no le gusta que hablen mal de su padre” o que “no tengo miedo a la reacción de la gente ante estas fotografías”.

Parece lógico pensar que este es el sentir general de toda la familia, un clan bien avenida que mantiene los modos y costumbres de los años franquistas; el pasado verano, casi todos los Franco asistieron a una reunión familiar como Dios manda. Por la noche, cenaron en el comedor real del antiguo casino de la capital, pero antes asistieron a una misa en la Iglesia de las Calatravas en Madrid, donde el sacerdote que ofició la ceremonia tuvo un sentido recuerdo para el dictador. Porque a diferencia de la mayoría de demócratas, los Franco no quieren olvidar.

La dictadura (ver despiece “Las cenizas del Régimen”) y todavía no se ha reparado la memoria histórica de los miles de fusilados republicanos que aún permanecen enterrados y desaparecidos en las cunetas. Tras finalizar la guerra, los vencedores pusieron en marcha la denominada Causa General, en la que provincia por provincia, se buscó a las víctimas de la violencia republicana para rendirles los honores correspondientes y darles una digna sepultura.

Según datos de la propaganda franquista de la época, fueron 80.000 los muertos en estas circunstancias —aunque en sucesivas revisiones los cifraron en 55.000—. Sin embargo, las víctimas provocadas por el bando vencedor no han tenido un reconocimiento equivalente. Primero por las circunstancias políticas provocadas por casi cuarenta años de dictadura franquista y posteriormente por la manera en la que se desarrolló la transición política en España, en la que, para facilitar la reconciliación, se optó por no hacer uso de la memoria. Los expertos cifran en torno a los 30.000 las víctimas republicanas que están enterradas en fosas comunes sin identificar en todo el territorio español. A éstas hay que añadir las identificadas, lo que según los últimos cálculos podrían suponer en todo el país unas 130.000, de las que 90.000 habrían sido fusiladas durante la guerra y 40.000 en la posguerra.

En España existe un movimiento social que intenta recuperar la memoria histórica de las víctimas del bando perdedor en la contienda. La labor más importante la viene desarrollando la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, que pretenden recuperar los cuerpos de los fusilados para reestablecer la verdad de los hechos y reclamar el derecho a dar una sepultura digna a todas las víctimas. Hasta ahora, a pesar de que el 20 de noviembre de 2002 todos los grupos parlamentarios aprobaron por unanimidad una resolución de condena al franquismo y de reconocimiento moral a las víctimas de la Guerra Civil donde también apoyaron iniciativas destinadas a la exhumación de cadáveres no identificados, éstas proceden de la acción de voluntarios y la ayuda institucional se limita a la labor de algunas comunidades autónomas. Ahora que se cumplen 30 años sin dictadura, la democracia tiene la oportunidad de saldar aquella cuenta pendiente. ●